

Juan Marín

El derrumbe del Cielo

“Cuando el Cielo pone en marcha sus máquinas de destrucción, las estrellas son movidas de su sitio y las constelaciones sufren metamorfosis.

Cuando la Tierra pone en marcha sus máquinas de destrucción, dragones y serpientes aparecen sobre la tierra seca y calcinante.

Cuando el Hombre pone en marcha sus facultades de destrucción, el Cielo cae y la Tierra es derribada.

Cuando el Cielo y el Hombre actúan de concierto, todos los fenómenos previamente desorganizados son restablecidos sobre una nueva base”.

(Del libro “Lin Fu Ching”, atribuido al Emperador Huang-Ti, el Emperador lunático que construyó la Gran Muralla; edición comentada por Chiang Tszeyah, descendiente directo del “Emperador Amarillo” y famoso Ministro de Hsi-Po).



FULGE la luna sobre los altos picachos de la “Montaña Sagrada” de Wu-Tai-Shan. Desde abajo, de lo más hon-do del valle, por donde pasa murmurando el río co-rrentoso, asciende una sutil niebla de plata que borra el contorno de las cosas en la infinita lejanía, estampándolas y des-dibujándolas como en uno de esos paisajes incomparables de Wu-Taszú, el “Príncipe de los Pintores” de la China Imperial. El aroma

penetrante de los pinos perfuma el aire nocturno. Y en la bóveda celeste, muy alta y muy clara y azul intensa como un vaso de la más fina porcelana de Chien-Lung, fulgen las estrellas, semejantes a divinas “gemas en el pecho de Buda”, según reza en sus versículos sagrados el “Sutra de Diamante”, grato a los fieles del Mahayana Búdico.

En la dirección norte, allá hacia el “País de los Hielos”, donde duerme el Dragón su sueño invernal para despertarse en cada primavera, igual a un puñado de estrellas caídas sobre un rincón del horizonte, débiles y borrosas parpadean las luces de la villa. Es la ciudad amurallada de Lung-Hú, la “Villa del Dragón”, la misma en donde hace quince siglos, Chang Tsao-ling, el primer “Papa Taoísta”, corrió en el mago Liú-Pú una fantástica carrera, cabalgando cada uno un dragón sobre el viento de una furiosa tempestad.

Nada turba la quietud de la noche estival. En una de las altas terrazas del monasterio, un grupo de monjes escucha la plática lenta pero sabia del Abate Pao-Cheng. Son todos muchachos, adolescentes algunos de ellos. Llevan la cabeza rapada y sus rostros imberbes tienen ese rostro pueril e ingenuo—a veces casi estúpido—de los bonzos budistas. Sobre la piel del cráneo ellos no completan todavía las nueve hondas quemaduras que emblemizan la consagración sacerdotal. El Abate es anciano: sus ojos, circundados de arrugas, son apenas dos hendiduras oblicuas en el céreo rostro de anchos pómulos. Abate y discípulos yacen en el suelo, sentados sobre esterillas de fibra, con las piernas cruzadas en la actitud meditativa que adoptó el “Muy Iluminado” cuando recibió la “Revelación” bajo el árbol de Budha-Gaya, en el nordeste de la India. De las capillas vecinas llega a la terraza el leve rumor de los “Sutras” recitados por algún coro de monjes en oración. El aroma del incienso que arde en la capilla, se mezcla afuera al penetrante olor resinoso de las coníferas y se difunde en ondas lentas de anchos círculos por el aire diáfano de la montaña.

Todos los ojos están vueltos hacia lo alto.

Habla el Abate:

—En el comienzo era la Nada y dentro de ella estaba “Tao” del cual nació todo cuanto existe. Y surgió entonces el Universo, pero todavía sin forma. Aquella nebulosa amorfa fué dividiéndose mediante el doble mecanismo de armonía y oposición—amor y odio—entre las fuerzas de lo que no se mueve que es la Tierra y lo que se mueve y gira que es el Cielo. Así nació la Vida y así fueron formados todos los seres.

El Abate hace una pausa y luego repite automáticamente:

—Amitabhá...

Los discípulos repiten a su vez:

—Amitabhá...

—Decidnos algo acerca del primer hombre que existió, johl Maestro—dice uno de los novicios.

—El primer hombre fué “Pan-Kú”, formado en el interior de la yema de un “huevo cósmico”. Mientras los elementos puros se coagularon y formaron el Cielo, los elementos turbios e impuros se precipitaron y constituyeron la Tierra. El Cielo creció diariamente diez pies de altura y la Tierra diez de profundidad. Pero “Pan-Kú” crecía, a su vez, también diez pies: así llegó a ser un gigante y vivió dieciocho mil años.

—¿Quiénes fueron sus padres?—interroga otro bonzo.

—“Pan-Kú” no tuvo padres: él es fruto del ayuntamiento del “Yang” y el “Yin”, los principios “masculino” y “femenino” de la Naturaleza, simbolizados para enseñanza de ustedes en el “Pa-Kuá” o los “Ocho Diagramas”. Cuando “Pan-Kú” murió, su aliento pasó a ser el soplo de los vientos, su voz el trueno, sus cuatro miembros las Cuatro Direcciones del espacio, sus cinco extremidades las “Cinco Montañas Sagradas”, de las cuales Wu-Tain-Shan es una, su ojo izquierdo el Sol, su ojo derecho la Luna, sus arterias los ríos, su cabello los árboles y plantas, los pelos de su barba las estrellas, su carne el suelo, sus huesos los metales subterráneos, sus dientes las piedras preciosas incrustadas en los flancos de los montes de la tierra, su sudor la lluvia, y los parásitos que poblaban su piel inmensa, esos fuimos los hombres... Siendo “Pan-Kú” hijo del “Yin” y “Yang”,

el hombre está también formado de una naturaleza dual: hay dos substancias íntimamente amalgamadas en su fábrica, el flúido del Cielo que descendió sobre él y el flúido de la Tierra que ascendió hacia él. Y así fueron formadas las “Diez Mil Cosas” de que habla el “Yi-King”, compilado por el sabio Kung-Fu-tszú, a quien hoy llaman Confucio.

—Maestro, vos que sabéis tantas cosas, vos que tenéis la ciencia de Lao-Tszé y de Kung-Fu-tszú asimilada en vuestra ilimitada sabiduría... Podríais decirnos, ¿qué es el Cielo?

—Escribió el sublime Huai-tszé, Príncipe de Huai-Nan y biznieto del fundador de la Dinastía Han, hace más de dos mil años: “Las partículas del “Yang” son más finas, livianas y delgadas y formaron el Cielo, mientras las del “Yin”, más espesas y pesadas se acumularon para constituir la Tierra”. Por eso el Cielo que era “Yang” se hizo redondo y movable y la Tierra que era “Yin” resultó plana e inmóvil. Según el libro “Kai-Tien”, el Cielo tiene la forma de un quitasol; según el “Hun-Tien” es redondo como una esfera completa; según lo creyó el sabio Hsuan-Yeh es inmaterial y amorfo; según el “Hsin-Tien” es deforme, mucho más alto en el norte que en el sur; según el “Chiung-Tien” es ovoideo; según el “An-Tien” es inmóvil; según Wang-Chung es un disco plano, paralelo a la Tierra, que es también plana pero cuadrada. Según las gentes que pueblan el lejano “País de los Muertos”, llamado también “Egyptos”, el Cielo tiene la forma de una mujer desnuda, con sus cabellos sueltos cayendo enfrente de ella: mientras las puntas de sus pies tocan un extremo del horizonte, los extremos de su cabellera caen sobre el extremo opuesto. Ellos la llaman “Nut” y dicen que su cuerpo está sembrado de estrellas. Así, al menos, la representan en las tumbas de sus muertos guardadas en el interior de grandes túmulos de piedra en el desierto, sobre la ribera poniente de un gran río que llaman Nilo. Todas estas ideas fueron vertidas hace más de cuatro mil años y algunos creen en ellas, otros no. Habrá en ellas algo de verdad y algo de error, como en todas las cosas.

—¡Oh! Maestro, habladnos ahora de la Luna.

—¿La Luna? Pues bien, la Luna está hecha de la pura esencia del Agua...—replica el Abate—. Así como el Sol fué formado del ardiente espíritu del Fuego. La luna es “Tai-Yin”, lo que significa: la “Gran Mujer”. Ella es femenina, húmeda y fría y resume todos los atributos del “Yin”. El Sol es “Yang”: masculino, seco y caliente. La Luna es como la nieve, como un disco de cristal. Es un espejo de agua congelada, de hielo, en el cual se mira el Sol. Los pueblos de Mesopotamia la adoraron como Ishtar-Astaroth, diosa del Amor y tenían una ciudad: Ur, consagrada a ella. Fué de allí que partió el patriarca Abraham, tronco del pueblo hebreo, a la conquista del mundo, portador de una nueva fe en un dios único, llamado “Ihavé”. Los egipcios llamaron a la Luna: Hathor o “Vaca Celestial”. Cuando hay luna llena, como esta noche, eso significa que el Sol está más cerca de ella, la está mirando con el rostro casi junto, y luego se confunden en un abrazo “como esposo y esposa”. La Luna rige todo lo que es “Yin” en la Naturaleza: las mujeres, las aguas, las mareas, los peces y todos los seres vivos que pueblan los mares. Las perlas son gotas de substancia de Luna depositadas en el fondo del océano: por eso son la quintaesencia del “Yin”, adorno exclusivo de mujeres y jamás de varones. En la Luna viven el “Sapo de Tres Patas” y la “Liebre de la Inmortalidad”. Vive también el “Anciano de la Luna”, que amarra con su cuerda de seda roja el destino de mozos y mozas sobre la tierra. Allí se encuentra el célebre adepto taoísta Wu-Kang, condenado a golpear con su hacha por toda la eternidad, el Arbol inmortal de la Acacia que mide cinco mil pies de altura y cuyas heridas se cierran inmediatamente después de cada golpe. Wu-Kang quiso ser inmortal y fué por eso condenado a este suplicio que no tiene fin. En “Kwun-Lun”, el “Paraíso de la Luna”, habita “Si-Wang-Mú”, la “Real Madre del Oeste”, que es la Reina del “Yin”, en palacios de jade verde y blanco. Allí voló el alma del Emperador Huang-Ti en busca de la “Perla de la Inmortalidad”. Por mirar la Luna reflejada en la superficie de las aguas de un lago, murió ahogado Li-Po, el “Príncipe de los Poetas” de esta tierra. La Luna atrae porque el “Yin” atrae al “Yang”. Y

de mucho contemplarla los hombres pierden la razón. Suele suceder, a veces, que el “Perro Celestial” se escapa a campo traviesa por el Cielo y se abalanza para devorar un pedazo de Sol o un trozo de Luna: es lo que los extranjeros llaman “eclipse”; pero, nosotros los hombres del País de Han bien sabemos, desde hace siglos y siglos, que no hay tales eclipses y que basta con hacer sonar los “gongs” de nuestros templos para que el “Perro del Cielo” se asuste y escape a su guarida.

Hace el Abate una larga pausa. Sus dedos afilados que conocen todas las flexiones y extensiones de la “meditación”, repasan las cuentas ambarinas de su largo rosario. Acomoda su manteo amarillo sobre el hombro izquierdo, dejando su espalda derecha al desnudo con su piel seca como la de un viejo pergamino.

—¡Amitabhá...!

—¡Amitabhá...!

Los discípulos, inmóviles, siguen escrutando el cielo constelado.

Un grupo de monjes, encabezados por un oficiante, salen de una de las capillas y, en silenciosa fila, se pierden en las sombras del monasterio. Se les ve pasar a contraluz, un momento, sobre el extremo de la terraza y después sus siluetas se borran en las sombras.

—¡Amitabhá...! ¡Amitabhá...!

—Loor a Nuestro Señor Buda, por los siglos de los siglos...
¡Loor al Muy Iluminado!

El Abate distiende el pecho con movimientos lentos y profundos, tratando de incorporar dentro de sí el “espíritu universal” que los hindúes llaman “prana” y los egipcios denominan “akb”. Algunos de los novicios tratan de imitarlo, pero no pueden retener la inspiración tan largo rato como el anciano, que tiene un entrenamiento de medio siglo en prácticas de “Yoga”, esa ciencia importada hace miles de años desde el País del Ganges.

El Abate Pao-Cheng alza su mano derecha. Sus ojos se vuelven hacia el norte del Cielo. Explora todo el ancho océano celestial y después prosigue:

—Las estrellas son hijas del Sol y de la Luna. Esa que véis allá es la Estrella Polar, la “Perla Mística” de Lao-Tszé, alrededor de la cual gira toda la bóveda celeste. Los egipcios de que os hablé, esas gentes que embalsaman sus muertos y que adoran dioses con cabezas de animales, construyeron una inmensa torre de piedras, llamada la “Gran Pirámide”, para contemplar la Estrella Polar, pues por ella se guiaban para sus cálculos astronómicos y del calendario. Ellos creían que en esa estrella se reunían las almas de los muertos en una de sus escalas de la ruta funeraria. Allá véis la Vía Láctea, el “Río del Cielo”, que es el plasma germinativo del Sol, especie de semen celestial, en el seno del cual se están formando sin cesar, vertiginosamente, millones de nuevas estrellas. Las gentes del País del Nilo creían que ella es leche de la “Vaca Celestial”: Hathor, y la llamaban también “Nilo Celeste”. Esta hermosa constelación que véis más acá, tan brillante, es la Osa Mayor, con la estrella “Tan-Lang” o “Loba Hambrienta”, que es maligna para el hombre, y “Chu-Men” o “La Gran Puerta”, que es de influencia benigna. Esa es “Lien-Cheng” o “Bandera Roja”, con “Lung-Len” o “Torre del Dragón” y “Pan-Tien” o “Palacio de las Cosas Preciosas”. De la “Osa Mayor” tomó su forma el emblema del “Ju-I” de jade que fué símbolo del poder imperial y es uno de los “Siete Objetos Preciosos” del Budismo Chino: os habréis fijado que su forma es el perfil del Dragón, por eso a esta constelación nosotros la llamamos la “Constelación del Dragón” y la Estrella Alfa es la esfera de marfil con la cual el Dragón juega eternamente. Ahí la véis, justamente, Alfa del Centauro o la Estrella del Gran Dragón, con “Tso-Fú” o “Ayudante Izquierdo” y “Yen-Pí” o “Ayudante Derecho”, que le sirven como esclavas y son sus “damas de honor”.

El brazo descarnado de Pao-Cheng se pasea en todas las direcciones del espacio:

—La cabeza de esta “Constelación del Dragón”, ya sea en el cenit ya a ras del horizonte, marca alternativamente la proximidad de los dos solsticios anuales y el Dragón es el lazo que une y relaciona el movimiento visible de los planetas, dentro del Zodíaco, con

el otro movimiento imperceptible de las estrellas fuera de él: ese papel del Dragón se ha proyectado en la mente de los hombres y se le atribuye el papel de relacionar la conciencia profunda con los poderes terrenales externos al alma humana. En la víspera de lo que los cristianos de Europa llaman “Pascuas de Resurrección”, cuando a la medianoche exacta debe resucitar el Cristo que es el Dios de esa parte del mundo, aquellos que escrutaban el Cielo sabían la “hora sagrada” por la posición de la Constelación del Dragón: en ese momento exacto del Equinoxio Vernal, el “Dragón” cuelga del cenit, al lado sur de la Estrella Polar, con la cabeza al Este y la cola al Oeste, como si estuviera “crucificado” entre los brazos de una cósmica Cruz Celestial de oro y fuego. Dos grandes estrellas fijas: Altair y Regulus, fijan al Oeste y Este, los brazos de esta mística cruz y las imágenes de “Leo”, “Aguila” y “Dragón”, símbolos de los Evangelistas Cristianos, completan la imagen del Crucificado Celestial con la del mítico “griffon”: cabeza de águila, alas de león alado y cuerpo de serpiente. Y al pie de esta gigantesca Cruz sidérea, vese “Libra” o “Balanza”, viejo símbolo egipcio que representa el alma humana: una mujer desnuda de pie frente al cuerpo transversal de un ente que tiene cabeza de ángel y cola de sierpe. Esta es la fecha ritual en que los dioses resucitan: no sólo Cristo, sino también el bello Adonis de los pueblos del Asia Menor, y es la noche en que, en los Misterios Orficos y Mitraicos de la misma Europa pre y post Cristiana, se representaba a un “hombre-dios” llamado “Eón” naciendo del cascarón de un “huevo cósmico” como nuestro “Pan-Kú”, huevo empollado por la “Serpiente Alada del Cielo”, la Constelación del Dragón.

—¡Amitabhá...!

—¡Amitabhá...!

—Allí están los “Treinta y Seis Techos de Buda” y los “Cuatro Cuadrantes” del Taoismo, a saber: “Dragón Azul”, “Pájaro Colorado”, “Tigre Blanco” y “Tortuga Negra”. Ahí también las “Nueve Puertas del Cielo”: “Tse Wei” o la “Gran Puerta” por donde entran el Sol y la Luna y donde mora en su palacio el Ser

Supremo "Shang-Ti". Más allá las "Puertas Menores" que el Emperador Hsuan-Ti, de la Dinastía Chi del Norte, vió una vez abiertas en circunstancias que viajaba por las Montañas de Liao-Yang: nadie, después de él, las ha visto volver a abrirse.

Wu Lien-teh es el más joven y tímido de todos los novicios: se diría que es un "pobre de espíritu". Vive en una especie de trance místico, ajeno a las cosas del mundo que lo rodea. Ante la sorpresa de todos, se decide ahora a hablar. Hay una duda, una secreta duda, que desde hace mucho tiempo, tortura su espíritu y turba sus sueños inocentes:

—¡Maestro!—le dice—. ¿Qué sucedería si el Cielo se derrumbara un día sobre la Tierra?

Wu reconoce que es la suya una pregunta inconveniente. Hay un fondo innegable de egoísmo en aquel temor suyo a perder—no la vida, que eso no cuenta para él—sino los fantásticos tesoros que el Cielo brinda a sus ojos cada noche y que el Maestro esta noche ha ido descubriendo ante su inteligencia ávida de conocimiento. Es el miedo del avaro a perder sus bienes más preciados. Hay en aquel sentimiento suyo, falta de verdadera humildad y de real comprensión de "Dharma", la doctrina del Buda Gautama. Wu ha soñado, más de una vez, con una espantosa catástrofe cósmica en que veía al Cielo venirse encima de la Tierra desgarrada y estremecida. Y el terror de esos sueños perdura en él con una dramática presencia. Y es por eso que la pregunta que, desde hacía tanto tiempo deseaba formular a su Maestro, ha escapado ahora espontánea e incontenible de sus labios:

—¿Qué sucedería si el Cielo se derrumbara sobre la Tierra?

Pao-Cheng lo mira con bondad y ternura. No hay reproche en sus ojos paternos. El conoce a fondo el corazón de Wu Lien-teh: él sabe que Wu está apenas en las primeras etapas del largo camino que conduce a la sabiduría. Wu tiene mucho camino por delante antes de llegar a ser un "bikshu".

—Hijo mío—le responde—. La misma duda, el mismo temor que a vos os asalta turbó, hace centenares y miles de años, la mente

de otros hombres. Otros discípulos formularon igual pregunta a maestros mucho más competentes que yo. Siervos y vasallos interrogaron a sus señores, pueblos conquistados a sus conquistadores, sobre la misma angustiosa incógnita. Cuenta Lieh-Tszé, el más grande los dialécticos de Taoísmo, que un hombre del Estado de Chih memorializó una vez a uno de los Emperadores de la Dinastía Chu acerca del peligro de que el Cielo se viniera encima de la Tierra; el Emperador, después de consultar y discutir el tema con sus Consejeros, le contestó que, “siendo el Sol, la Luna y las estrellas sólo luces y la Tierra siendo, por el contrario, materia sólida, no habría temor de daño alguno en caso de que aquello sucediera”. Pero el sabio Chang Lu-tszé, contemporáneo del monarca, criticó acremente esa respuesta con grave riesgo para su vida misma, aduciendo que “puesto que el Cielo y la Tierra son acumulaciones de materia en medio del vacío infinito, no hay riesgo alguno de que el Cielo, si llegara a desplomarse, caiga sobre la Tierra, pues tenderá siempre a caer hacia el vacío”. Un excéntrico del Período Feudal, a fines de la Dinastía Chow, llamado Huang Laio, abordó en cierta ocasión, sobre este mismo propósito, al gran “Sabio de Sabios”, el Maestro Chuang-Tszé, y la respuesta del más ilustre discípulo de Lao-Tszé fué la siguiente: “Puesto que Vida y Muerte, destrucción y reconstrucción son sólo fases de un mismo proceso, si aquella catástrofe se produjera, después se formarían un nuevo Cielo y una nueva Tierra y todo seguiría igual que antes”. Semejante fué la respuesta dada por el “Maestro de los Nueve Cielos”, según se narra en el libro “Lang-Huan-Chih”: “La decadencia y el nacimiento de los mundos son como el marchitarse y el florecer de los árboles; si un mundo se derrumba otro nace, y así por toda la Eternidad”. Cuéntase también que cuando el Emperador Alejandro Magno, Señor de Europa, de Parthia, de Syria, de Egipto, de Persia y de Gandhara, conquistó las tribus bárbaras de los celtas, éstos se acercaron a él para decirle: “Ningún temor se alberga en nuestras almas como no sea el espantoso miedo de que un día el Cielo se caiga encima de nosotros”. Alejandro, que había sido instruído por su ma-

dre Olympia, "la Maga", y por Aristóteles, "el Sabio", y que había consultado el Oráculo de Amón en Siwa, en el Desierto de Lybia, Alejandro, el joven semidiós, que todo lo sabía, se sonrió sin contestar, y los celtas, que adoraban a Bel o Belur para el cual construían túmulos de piedra, se prosternaron ante Alejandro y lo adoraron como a su dios. Heráclito, un gran filósofo del país de Grecia, que parece haberse nutrido largamente en las fuentes de nuestro sabio Lao-Tszé, escribió que el Mundo tiene que destruirse en períodos de diez mil ochocientos años, retornando a su substancia primera, que es aquella cuyo peso molecular es "1", de la cual se forma y nace un Mundo nuevo. Y nuestro Señor el Buda Gautama, ¡Loado sea El!, dijo que desde el origen del Mundo hasta su destrucción deberá transcurrir un "Maha-kalpa", o sea, mil trescientos cuarenta y cuatro millones de años y que el "sanwartta" o destrucción, se hará "por el fuego, el agua y el viento". Los Faraones del Valle del Nilo construyeron las Pirámides para proteger los secretos de su ciencia contra la destrucción del Mundo, que se haría por un nuevo Diluvio que los grandes Iniciados de la Atlántida habían anunciado. En el "País del Ganges", de que os hablé antes, adoran a un dios llamado Siva o Shiva, que danzó para que el Mundo fuera creado; ese mismo dios es el "Destructor", que encenderá las antorchas para la destrucción por el Fuego. Y después, Siva volverá a bailar para que nazcan otros mundos y así sucesivamente. Porque ese es su juego, que allí llaman "lila", un "lila divino".

El Abate se detiene para inspirar profundamente el aire en sus pulmones.

Wu Lien-tszé aprovecha para decir algo más. El cree que debe ser absolutamente sincero con su instructor:

—Maestro—le dice—. Yo muchas veces he soñado con un derrumbe del Cielo. Hace, justamente, pocas noches soñé que...

Pao Cheng alza su mano diestra con paternal majestad:

Hijo mío, Wu... Los sueños no son más que restos flotantes de remotos mitos y los mitos son cristalizaciones de hechos que alguna vez anidaron en la conciencia del hombre o que tuvieron rea-

lidad en la vida misma. Pero, la realidad, ¿qué es ella? Una ficción, una sombra de otra sombra, un sueño sin fin, un juego de sombras persiguiéndose en el vacío infinito. Vuestro sueño existe ya en el mito, un mito tan antiguo que remonta más allá de "Pan-Kú", el primer Hombre de que os hablé hace poco.

—Decidlo, ¡oh! sacro "hikshu"—interrumpe el discípulo, impaciente.

—Vais a escucharlo: en tiempos remotísimos existió un gigante llamado "Kon-Kong", que poseía fuerzas extraordinarias y un carácter tan violento como el "rayo de Siva" de que hablan los hindúes o el "trueno de Zeus", que dicen los griegos. El Cielo, en aquel tiempo, se apoyaba sobre la Tierra mediante un solo pilar: el Monte Pu-Chou o "Columna del Cielo". Pues bien, en uno de sus instantes de ira "Kon-Kong" arremetió contra la columna y entonces sucedió lo que habéis visto en vuestro sueño, ¡oh! impetuoso Wu. El Cielo se derrumbó. Pero no cayó totalmente, sino sólo a medias. Vivía también por aquel tiempo una hermana ilegítima del dios que nuestros antepasados llamaron "Fu-Hsi", y esta joven mujer tenía un alma pura y bondadosa. Al ver el daño causado por el gigante enfurecido, "Nü-Wa", que así se llamaba esta hermosa joven, reunió pacientemente piedras de muchos colores y las fundió para reparar con aquella mezcla extraña el trozo caído de la bóveda celeste. En aquel tiempo los animales eran también inmensos y no diminutos como ahora los vemos: la tortuga existía, pues es uno de los animales más viejos del mundo y la tortuga era gigantesca. Pues bien, "Nü-Wa" cortó las patas de una tortuga de mar y las colocó en los cuatro ángulos del Mundo, como columnas, para que el daño ocasionado por el iracundo "Kon-Kong" no volviera a repetirse. Esas son las "Columnas del Mundo" de que hablan los libros. Pero, a pesar de los trabajos de "Nü-Wa", el Cielo no quedó completo como estaba antes: falta un trozo en el noroeste, por donde entran y salen el Sol y la Luna; y falta otro trozo en el sureste, por donde los dos grandes ríos del mundo: el Yang-tszé o "Río Azul" y el Huang-hó o "Río Amarillo" descienden a perderse en el abis-

mo. Los antiguos egipcios, los constructores de Pirámides de que os hablé, creían también que el Cielo podía derrumbarse y eso sucedería cuando el dios "Shu", llamado "El Gran Divisor", se fatigase o muera; es él quien, arrodillado sobre "Geb", la Tierra, sostiene con sus brazos alzados el cuerpo desnudo de "Nut" que es la diosa-Cielo, según ya os dije, impidiéndoles unirse a pesar de que "Geb" y "Nut" son esposo y esposa. Pero, el "Gran Divisor" se interpone entre ellos, del mismo modo que la sombra del Pecado Original se interpone entre Adán y Eva en la mitología del pueblo judío.

Después de estas palabras, el Abate Pao-Cheng, ya un poco fatigado, invita a los monjes a orar. Coge las cuentas de su largo y pesado rosario. Los discípulos adoptan la postura ritual y empuñan también las cuentas de sus rosarios amarillos.

Dice el Abate:

—“Namo-thassa-Bhaghavatto-Arahato-samma-sambhudassa...”

—“Loor al Gran Santo, al Muy Bendito Autor de todas las Verdades”.

Las lentas sentencias armoniosas del “Sutra Gozoso”, pronunciadas solemnemente en lengua extraña, se elevan desde la terraza del monasterio en el profundo silencio de la noche.

* * *

De pronto, en aquella atmósfera tan quieta y transparente, sobre aquella terraza suspendida a miles de pies de altura en el vacío nocturnal, se oye un rumor que parece ser un trueno, un vasto rumor que se acrecienta por segundos y que llena de pavor el alma de los neófitos.

Uno de los bonzos levanta un brazo al cielo:

—¡Allá!—dice—. ¡Mirad allá! ¡Mirad! ¡Mirad!

Todos se vuelven hacia el sitio que el bonzo indica. En el halo lunar se ve avanzar una bandada de pájaros gigantescos. Vuelan en filas triangulares, a enorme velocidad.

—¿Una legión de dragones alados anunciando el nacimiento de una nueva Dinastía en algún lugar del mundo? ¿O la destrucción del país? ¿O la reencarnación de un nuevo avatar?—dice uno de los neófitos.

El rumor de los pájaros se hace ahora tan intenso que apaga el rumor del torrente, el eco de los “Sutras” recitados en las capillas y aun el ruido del “po-yu” o tambor “pescado de palo” que anuncia la hora de la medianoche sobre el Monasterio.

Los bonzos se ponen de pie y se agrupan al borde de la terraza. El Abate Pao-Cheng permanece impasible en su sitio: ha alzado ahora la mano derecha, con las articulaciones de los dedos dobladas en la postura de la “última meditación” del Buda Gautama y muestra su trémula mano hacia el cielo, del lado de donde vienen los pájaros sonoros.

Estos vuelan ahora por encima de las débiles luces de la villa lejana.

Entonces se oye un ruido agudo que es como el silbido de mil serpientes a la vez.

—¡Sss! ¡Zzz! ¡Iii! ¡Báaang!

—¡Sss! ¡Zzz! ¡Iii! ¡Báaang!

Un temblor sacude toda la tierra. Desde el suelo surge una llamarada en medio de la cual se ven volar objetos y figuras.

—¡Sss! ¡Zzz! ¡Iii! ¡Báaang!

Las explosiones se repiten cinco, diez, veinte veces. Las llamaradas, surgiendo a flor de tierra, confluyen, se suman, se acrecientan y llegan a formar una sola lengua de fuego que envuelve todo el centro de la villa amurallada de “Lung-Hú”, la “Ciudad del Dragón”.

Los monjes caen prosternados, apoyando sus frentes sobre el césped húmedo de la terraza. En otras azoteas, otros grupos de monjes han aparecido a su vez y contemplan con igual pavor el espectáculo aterrador.

Los pájaros vuelan en círculo sobre la ciudad dejando caer aquellos terribles “huevos de fuego”—según los describiría posteriormen-

te Wu-Lien-teh—y mostrando, en los virajes, sus vientres ahora enrojecidos por el resplandor de los incendios, semejantes a inmensos dragones desollados. Wu se alza como un sonámbulo y se aproxima al Abate, que sigue sentado en su mismo sitio.

—Maestro—le dice—. ¿Es que acaso se ha derrumbado el Cielo? Ya no lucen las estrellas en lo alto. Sólo veo sombras arriba y fuego abajo. ¿Es que la armonía entre el “Yin” y “Yang” ha sido rota? ¿Es que “Shu”, el “Gran Divisor”, se ha fatigado? ¿Es que el elemento Metal que comanda el Fuego y tiene su asiento en Marte, el “Planeta Rojo”, se ha desbocado anunciando la hora final del Mundo? ¿Hice mal al preguntaros sobre el derrumbe del Cielo? ¿Es ésta una muestra de la ira de Dios?

Pao-Cheng no le responde. Cierra los ojos unos minutos mientras sus labios musitan las sentencias finales de una oración. Después se levanta y dice:

—Hijos míos, descendamos a la ciudad.

Su voz es suave pero enérgica. Coge su largo báculo de madera de cerezo y echa a andar.

Los bonzos lo siguen.

Por el estrecho desfiladero que serpentea al borde del abismo, bajan hacia la llanura. Los gráciles bambúes inclinan sus tallos al rozar las toscas sayas amarillas de los monastes. Abajo se escucha ahora de nuevo la voz del torrente cantando en su lengua de cristal.

—“Om mani padme hum”—reza el Abate.

Y los bonzos van repitiendo el monótono estribillo que ayuda a templar los nervios y a conservar la serenidad cuando la tormenta sopla sobre las almas humanas.

—“Om mani padme hum”.

—“Om mani padme hum”.

Cuando llegan a la planicie, los pájaros metálicos ya se han ido, aun cuando se escucha todavía el rumor de trueno de su vuelo, cada vez más lejano, cada vez más suave, perdiéndose hacia el sur. Vuelven a lucir las estrellas en el cielo, pero el resplandor de la inmensa hoguera que es la ciudad, enrojece las constelaciones.

A medida que se acercan a la villa, ven los muros del anillo externo, destruídos y advierten sombras humanas que corren entre los escombros. Entran los monjes por la “Puerta del Este”, en cuya torre algún campanero abnegado llama desesperadamente con el lastimero son del bronce muchas veces centenario. Caballos nerviosos de corta grupa y anchas patas—como aquellos inmortalizados por los artistas de la Dinastía Tang—corren enloquecidos por las estrechas y tortuosas callejuelas, sembrando el pavor y la muerte. Los búfalos, macilentos y sufridos, se dejan conducir mansamente por sus amos hacia las puertas de la villa. Los gritos de los heridos se mezclan a las voces de las madres que llaman a sus hijos y de las esposas que buscan a sus maridos. Hay olor a tierra removida y a pólvora, a paja quemada y a sangre y vísceras frescas. En la puerta del “Yamen”, el Magistrado da órdenes y trata de organizar los socorros. Hay cuatro plazoletas en la ciudad: una frente a cada una de las puertas, allí donde cada mañana se instalan los mercados y las ferias.

Pao-Cheng reúne a sus discípulos y dice:

—Nos dividiremos en cuatro grupos: cinco de vosotros quedaréis en la “Puerta del Este”, otros cinco irán a la plazoleta del Norte, cinco a la del Sur y los demás vendrán conmigo a la “Puerta” del Oeste”. Vos, hermano Wu, vendréis conmigo. Curar a los heridos, asistir a los huérfanos y viudas, consolar a los que sufren, desenterrar a los que están sepultados vivos entre los escombros, recoger y reunir en el extramuro los cuerpos de los muertos, esa será vuestra tarea y la nuestra. Trabajad, hermano, sin cesar, hasta que yo vuelva por vosotros. Ahora, separémonos... ¡En el nombre del Muy Lado!... ¡Amitabhá!

—¡Amitabhá!

Se ponen todos de inmediato a la faena.

Sudorosos, polvorientos, untados de sangre y chamuscados de llamas, corren los bonzos de un lado a otro, deteniéndose apenas de tiempo en tiempo para musitar, blandamente:

—¡Amitabhá!

El Magistrado y el prefecto, el "geomanta" y el sepulturero, el Jefe de la "Orden de los Ladrones" y el "Rey de los Mendigos", todos cuantos se dan cuenta de la presencia de los monjes y de su piadosa actividad, se ponen a colaborar en la faena. Pao-Cheng organiza brigadas de aguateros que mediante un sistema de postas—como los "correos" del Emperador—van a traer agua hasta el río que pasa a dos "li" de la villa. Todos los tiestos disponibles, todas las manos hábiles, todos los hombres y todos los animales domésticos que no han enloquecido, son empleados para la extinción del fuego.

Después de un rato, las llamas declinan. Los heridos son alineados en las plazoletas, junto a los muros que aun quedan en pie. Grupos de campesinos y pastores, pasado el pánico del primer instante, comienzan a llegar de la campiña vecina, trayendo víveres frescos.

Asona el alba su luz rosada del lado del "Gran Océano", del lado de las "Islas de los Demonios Negros", de donde seguramente vinieron los pájaros de fuego. En un rincón del cielo todavía se ve un pequeño cuadrante de luna, pálido y exangüe.

Wu Lien-teh, sudoroso y cansado, se acerca al Abate que en ese momento se lava la cara y las manos en una vasija de greda.

—Maestro, decidme, por piedad, ¿qué ha sucedido? ¿Es verdad que se ha derrumbado el Cielo? ¿O acaso sólo un trozo, como en el caso del gigante "Kon-Kong"?

El anciano lo mira sin responderle y, con un gesto, le indica que haga también sus abluciones. Lejano suena el tambor "po-yú" del Monasterio, llamando, como todas las mañanas, al primer oficio matinal por la Diosa "Kuan-Yin", la "Madona de la Misericordia", la "Que mira hacia abajo" y tiende sus cien manos piadosas a todos los que sufren.

El Abate coge su báculo, arregla su manteo amarillo sobre el hombro y echa a andar ágilmente por entre los escombros. Los discípulos lo siguen y también los chiquillos desamparados, las viudas y los ancianos que han quedado sin sustento.

Pao va primero a la "Puerta del Norte" y llama allí a los monjes que han cumplido abnegadamente su misión; se encamina después a la del Sur donde se le reúne el otro grupo de bonzos; finalmente se encamina a la "Puerta del Este", donde el último equipo lo aguarda. El cortejo que ahora rodea a los monjes es inmenso: una muchedumbre consternada y lacrimosa que pide ayuda y piedad.

El sol asoma, de lleno, a ras del horizonte.

Pao-Cheng, con rostro severo en que la emoción es apenas contenida, se vuelve hacia la cumbre altísima del "Wu-Tai-Shan", la "Montaña Sagrada" en cuyos flancos abruptos se ven, diminutos, los rojos muros del Monasterio y junto a ellos, como montando guardia, la silueta blanca de la pagoda, la "stupa" sacra en cuyo interior se guardan los huesos de un gran santo del pasado.

Wu sigue con viva emoción todas las actitudes del Abate. Húmedos los juveniles ojos por el insomnio y el humo de los incendios, Wu se acerca una vez más a su "bikshu":

—¡Oh, Maestro...!

El "po-yú" sigue llamando desde la torre del Monasterio.

El Abate alza las manos, solemnemente, con los dedos juntos, en actitud de bendecir. Está vuelto de frente al Monasterio, es decir, hacia el Oriente, hacia la mole maciza de la "Montaña Sagrada" donde los "grandes" de la tierra, los Emperadores y sus Ministros, venían hace miles de años a orar y hacer penitencia.

—Hijos míos—dice a los monjes—. Es hora de partir: "Sangha" o la Orden de Buda os llama. Regresad, pues, vosotros. ¡Os iréis sin mí esta vez!

Se vuelve en seguida hacia Wu Lien-teh, que está a punto de estallar en sollozos:

—¡Hijo mío, Wu! Me preguntáis si el Cielo se ha derrumbado. Y yo os digo: no. El Cielo no se ha derumbado ni se derumbará jamás. Miradlo: está en su mismo sitio y el Sol avanza en su carro de fuego por su misma trayectoria habitual. Igualmente, esta noche veréis la bóveda transparente del Cielo con sus mil lamparios celestes que son las gemas del pecho de Buda. Todo eso ya

lo sabéis. Todo eso lo seguiréis viendo. Pero, me diréis: algo se ha derrumbado esta noche. Y yo os digo: sí, hijo mío, Wu, algo se ha derrumbado. Y ese algo que se ha derrumbado esta noche, es el Hombre. Porque el Hombre quiso imitar al Dragón rampante entre las nubes, quiso imitar a los dioses que moran en el "Paraíso del Oeste", a los "devas" que pueblan los "Cielos de Buda". Tuvo alas poderosas, más fuertes tal vez que las del Dragón... Pero, una vez más el Hombre ha probado que su alma terrenal, "kwei", domina en él sobre su naturaleza divina, "shen". Se ha elevado al Cielo, para volver a la Tierra sembrando destrucción y muerte. Es el Hombre quien ha caído. Y yo me quedo aquí para curar sus heridas. No insistáis en quedaros conmigo. Tampoco iré con vosotros. Mi sitio está, desde hoy, aquí abajo. Vosotros descenderéis también, un día, desde el retiro de vuestra Pagoda blanca colgada entre las nubes. Pero, faltan todavía muchos años para eso. Tenéis que prepararos, fortaleceros en "Dharma", identificaros con "Shanga", ver alguna vez, dentro de vosotros mismos, el rostro del "Unico". Escuchad bien, hijo mío, Wu... Os repito: el Cielo jamás se derrumba. Somos nosotros los hombres, "asuras" o ángeles caídos... Pero, sin cesar renacidos en la rueda vertiginosa de "Sansara". Volved aquí dentro de diez años. Si todavía estoy vivo, yo os reconoceré. También vosotros me reconoceréis. Y ahora, ¡partid! ¡partid!

Los novicios obedecen y se ponen en marcha sin mirar atrás. El último en la fila, Wu Lien-teh.

El Abate Pao-Cheng permanece un rato junto a la puerta de la villa, mirándolos alejarse. Sus labios musitan una bendición. Los ve ascender por el sendero que serpentea en el flanco de la "Montaña Sagrada", pequeños en la distancia como diminutas hormigas amarillas. Después, limpia sus ojos empañados de lágrimas y vuelve a entrar en la ciudad.